

El Misterio de la Navidad en el Colegio



30TGD_26SHD

El Eco de los Recuerdos

La niebla se deslizaba suavemente sobre el suelo del bosque, como un manto etéreo que ocultaba los secretos que yacían en su interior. Era un día gris, con el cielo cubierto de nubes pesadas, y el aire estaba impregnado de un leve aroma a tierra húmeda y hojas secas. A

medida que avanzaba, el crujido de las ramas bajo sus pies resonaba en el silencio profundo del lugar. Cada paso era un eco de los recuerdos que había decidido dejar atrás, pero que ahora parecían seguirlo.

Sofía se detuvo un momento para tomar aliento. Había decidido escapar de la ciudad, de su vida monótona y de los fantasmas que la atormentaban. Desde hacía meses, la misma pregunta la perseguía: ¿qué había hecho mal? La ruptura con Daniel había dejado un vacío en su corazón, pero había algo más que la inquietaba, algo que la impulsaba a regresar a este bosque, a este lugar que había sido su refugio de niña.

Mientras se adentraba más en el bosque, las imágenes de su infancia comenzaron a invadir su mente. Recuerdos de risas, juegos y la calidez de los días soleados llenaban los espacios vacíos de su corazón. Pero también había sombras en esos recuerdos, momentos que había tratado de olvidar. Aquella vez que se perdió entre los árboles, la sensación de pánico y desesperación. O la noche en que su padre no regresó a casa, dejando a su madre sumida en un silencio oscuro.

Sofía sacudió la cabeza, tratando de deshacerse de esos pensamientos. Había venido aquí con un propósito: encontrar el viejo árbol que había marcado su infancia. Un roble gigante que se alzaba orgulloso en el claro del bosque, su tronco grueso y nudoso como un viejo amigo. Era su refugio, su lugar secreto donde podía soñar y dejar volar su imaginación.

La niebla se espesaba a medida que se adentraba más en el bosque, y Sofía sintió un escalofrío recorrer su espalda. No era solo el frío; había algo en el aire, una energía palpable que la rodeaba. Avanzó con cautela, sus sentidos agudizados. De repente, el sonido de un ramaje quebrándose la hizo detenerse en seco. Su corazón latía con fuerza, y su instinto le decía que no estaba sola.

—¿Hola? —llamó, su voz resonando en la soledad del bosque. No hubo respuesta, solo el murmullo del viento entre los árboles. Intentó convencerse de que era solo su mente jugando trucos, pero la sensación de ser observada persistía.

Continuó su camino, y después de unos minutos, finalmente lo vio. El roble se alzaba ante ella, majestuoso y poderoso, como si hubiera estado esperando su regreso. Se acercó, acariciando la corteza rugosa con las manos, dejando que los recuerdos fluyeran libremente.

—Te he echado de menos —susurró, casi en un tono de reverencia. Se sentó en la base del árbol, cerrando los ojos y dejando que la paz del lugar la envolviera.

Pero esa paz fue interrumpida por el sonido de pasos. Sofía abrió los ojos de golpe, su corazón latiendo con fuerza. Esta vez no había duda: alguien se acercaba. Se puso de pie, su instinto de supervivencia la impulsaba a estar alerta. A medida que la figura emergía de la niebla, Sofía sintió una mezcla de miedo y curiosidad.

Era un joven de cabello desordenado y ojos oscuros, que la observaba con una expresión de sorpresa. La mirada de él era intensa, como si pudiera ver a través de ella, descifrando cada rincón de su alma.

—No esperaba encontrar a nadie aquí —dijo él, su voz suave pero firme.

—Yo tampoco —respondió Sofía, tratando de mantener la calma.

Ambos se miraron en silencio, cada uno tratando de descifrar al otro. Finalmente, el joven rompió el hielo.

—Soy Lucas. Este es mi lugar. Llevo viniendo aquí desde que era niño. ¿Y tú?

Sofía dudó. No sabía si debía contarle la verdad. Pero había algo en su mirada que la hacía sentir segura, como si pudiera confiar en él.

—Soy Sofía —dijo finalmente—. He venido a recordar.

Lucas asintió, comprendiendo más de lo que había dicho.

—Este bosque tiene una forma de atraer a la gente que busca respuestas. ¿Has encontrado las tuyas?

Sofía se encogió de hombros, sintiendo que las palabras se le atascaban en la garganta. Ella no tenía respuestas, solo preguntas.

—No lo sé. Estoy aquí para... deshacerme de las cosas que me atormentan.

Lucas la miró atentamente, como si estuviera sopesando sus palabras.

—A veces, los lugares tienen una forma de ayudarnos a confrontar nuestros miedos. Este árbol, por ejemplo, ha sido testigo de tantas historias. Quizás puedas encontrar algo aquí que te ayude.

Sofía lo observó, intrigada. Nunca había pensado en el roble de esa manera. Era solo un árbol, un refugio de su infancia. Pero ahora, algo en su interior comenzó a cambiar. Tal vez había más en este lugar de lo que había imaginado.

—¿Te gustaría quedarte un rato? —preguntó Lucas, invitándola a sentarse de nuevo—. A veces, compartir las historias puede hacer que el peso sea un poco más ligero.

Sofía sintió un impulso de aceptar la oferta. Quizás contar su historia la ayudaría a liberar el nudo que la atormentaba.

—Está bien —respondió, sentándose a su lado—. ¿Por dónde empezar?

Y así, bajo el manto protector del viejo roble, comenzaron a compartir sus historias. Mientras las palabras fluían, la niebla se disipaba lentamente, y con cada relato, Sofía sentía que se iba deshaciendo de las cadenas que la mantenían atada a su pasado.

El Eco de los Recuerdos	1
El descubrimiento macabro	5
La confesión de don Julio.....	10
El descubrimiento	14
El enfrentamiento	18
La restauración	22



El descubrimiento macabro

La noche había caído sobre el colegio San Alberto Magno, y las calles alrededor estaban desiertas. El día había sido frío, con un viento cortante que anunciaba la inminente llegada del invierno. Clara, Sofía, Martín y Pablo estaban reunidos en la biblioteca del colegio, un lugar que solía ser su refugio para las tareas y los exámenes, pero que esa noche se había convertido en el escenario de una investigación mucho más inquietante. Sobre la mesa de madera oscura, iluminada por la tenue luz de una lámpara, reposaba el diario que habían encontrado en el aula olvidada.

El diario era viejo, con las esquinas desgastadas y la cubierta de cuero agrietada. Clara lo había limpiado con cuidado, quitando el polvo y las telarañas que lo cubrían. Ahora, mientras los cuatro lo miraban, nadie se atrevía a abrirlo. Había algo en ese objeto que les generaba un profundo respeto, casi miedo. Fue Martín quien finalmente rompió el silencio.

—No podemos ignorar esto. Si lo dejamos aquí, nunca sabremos qué está pasando —dijo, con un tono que intentaba sonar valiente, aunque su voz traicionaba cierta inquietud.

Sofía asintió y abrió el diario con cuidado. Las primeras páginas estaban llenas de garabatos, nombres y fechas, como si alguien hubiera usado el cuaderno para practicar escritura. Luego, las palabras comenzaron a tomar forma, narrando la vida cotidiana de una estudiante llamada Ana.

—Miren esto —dijo Sofía, señalando una entrada fechada en diciembre de 1972. Leyó en voz alta:

Hoy nos han anunciado que la Navidad será especial este año. La directora ha decidido organizar una gran fiesta para los estudiantes. Me hace feliz, pero también me siento extraña. He notado cosas raras en el aula de al lado...

—¿Cosas raras? ¿Qué tipo de cosas? —interrumpió Pablo, inclinándose hacia el diario.

Sofía continuó leyendo, saltándose algunos pasajes intrascendentes hasta que llegó a una entrada que capturó su atención.

Los susurros han vuelto. Ayer, mientras estudiaba sola, escuché mi nombre. Pensé que era Clara, pero cuando me giré, no había nadie. Esta no es la primera vez que ocurre. Creo que algo está pasando en esa aula. Nadie me cree.

El silencio se hizo pesado en la biblioteca. Los cuatro se miraron, intentando procesar lo que habían escuchado. Clara, quien había permanecido callada hasta ese momento, habló con un tono serio.

—Esto no es solo una historia. Si Ana estaba hablando de esa aula olvidada, entonces lo que pasó ahí es real.

Martín cerró el diario de golpe.

—No podemos asumir nada solo por un diario viejo. Quizás Ana estaba inventando cosas, o simplemente se lo imaginó todo.

—¿Y cómo explicas el mensaje en la pizarra? —replicó Sofía, cruzando los brazos.

La discusión fue interrumpida por un sonido sordo que provenía del pasillo. Los cuatro se quedaron inmóviles, conteniendo la respiración. Era como si algo o alguien estuviera caminando lentamente, arrastrando los pies. Martín fue el primero en levantarse.

—Debe ser don Julio. Siempre anda revisando estas áreas por la noche.

Sin embargo, cuando abrieron la puerta de la biblioteca y miraron hacia el pasillo, no había nadie. Solo las sombras de los armarios y las vitrinas se proyectaban en las paredes bajo la luz tenue de las bombillas. Pero el sonido continuaba, cada vez más lejano, hasta que se desvaneció por completo.

Clara fue la primera en romper el silencio.

—Esto no puede ser una coincidencia. Algo nos está tratando de decir algo.

Regresaron a la biblioteca, pero el ambiente ya no era el mismo. Había una tensión palpable, como si algo invisible los estuviera observando. Decidieron seguir leyendo el diario, buscando más respuestas. Las siguientes entradas eran cada vez más oscuras.

Hoy desapareció Mario. La maestra dijo que su familia lo había retirado del colegio, pero yo no lo creo. Mario nunca mencionó que se iría. Era mi mejor amigo, y ahora nadie habla de él, como si nunca hubiera existido.

—¿Desaparecido? —susurró Pablo, sintiendo un nudo en el estómago.

Algo está mal. Lo siento en el aire, en las paredes. Hoy vi una sombra moverse por el aula. Nadie me cree. Ni siquiera Clara. Estoy empezando a pensar que estoy sola en esto.

El nombre de Clara hizo que la Clara actual sintiera un escalofrío. Era una coincidencia inquietante, pero trató de no darle demasiada importancia. Pasaron horas leyendo, absorbiendo cada palabra. Cada nueva página revelaba un detalle más aterrador: sombras que se movían por el aula, risas que se escuchaban en la noche y, lo más perturbador, la desaparición de otros estudiantes.

Finalmente, llegaron a la última entrada.

Ya no puedo más. Ellos también vendrán por mí. Sé que nadie me recordará, pero si alguien encuentra este diario, por favor... recuerden nuestros nombres.

La frase final estaba tachada con fuerza, como si Ana la hubiera escrito en un momento de desesperación. Pablo cerró el diario con manos temblorosas. Nadie habló durante varios minutos. Finalmente, Martín rompió el silencio.

—Tenemos que volver al aula. Hay algo que no estamos viendo, algo que necesita ser descubierto.

Clara lo miró como si estuviera loco.

—¿Estás escuchando lo que dices? Acabamos de leer sobre estudiantes desapareciendo, sombras moviéndose y... y... ¿quieres regresar?

—Precisamente por eso tenemos que hacerlo —insistió Martín—. Si no enfrentamos esto, nunca sabremos la verdad.

Finalmente, y tras mucha discusión, todos estuvieron de acuerdo. Esa misma noche, regresaron al aula olvidada, llevando consigo el diario y una linterna. Cuando llegaron, la puerta estaba entreabierta, aunque recordaban claramente haberla cerrado antes. El aire era pesado, y una sensación de opresión los envolvió al entrar.

El aula estaba igual que la vez anterior, con los pupitres apilados en un rincón y la pizarra al frente. Pero esta vez, había algo nuevo. Sobre la pizarra, en letras grandes y temblorosas, había un mensaje:

"Faltan más."

Sofía sintió que las piernas le fallaban. Clara agarró a Pablo del brazo, buscando apoyo



La confesión de don Julio

El día había comenzado con una calma engañosa en el colegio San Alberto Magno. Tras la intensa noche anterior, los amigos se sentían agotados, tanto física como mentalmente. Habían pasado horas en el aula olvidada, enfrentándose a una sensación de opresión y leyendo mensajes que parecían ser escritos por manos

invisibles. A pesar de ello, sentían que apenas habían arañado la superficie del misterio.

Clara, Sofía, Martín y Pablo decidieron reunirse al mediodía en un rincón apartado del patio del colegio. Los estudiantes corrían de un lado a otro, disfrutando de su receso, pero ellos apenas notaban el bullicio. Sofía fue la primera en hablar, rompiendo el pesado silencio.

—No podemos seguir así. Necesitamos respuestas, y creo que solo hay una persona que podría tenerlas.

—¿Don Julio? —preguntó Clara, frunciendo el ceño.

—Exacto. Él lleva aquí más tiempo que cualquiera. Si alguien sabe qué pasó en ese aula, es él.

Martín asintió lentamente, aunque su expresión era de escepticismo.

—Pero, ¿y si no nos dice nada? Tal vez él también tenga miedo de hablar del tema.

—No tenemos otra opción —insistió Sofía, cruzando los brazos—. Anoche vimos cosas que no podemos explicar. No podemos ignorarlo.

Pablo, que había permanecido en silencio hasta ese momento, levantó la vista y los miró a todos.

—Hagámoslo. Pero debemos ser cuidadosos. Si esto es algo que se ha mantenido en secreto por tanto tiempo, podría haber razones para ello.

Con un plan en mente, decidieron esperar hasta que el colegio quedara en silencio. Don Julio solía quedarse hasta tarde, cerrando puertas y asegurándose de que todo estuviera en orden. A las ocho de la noche, los amigos regresaron al edificio principal, moviéndose con cuidado por los pasillos vacíos. Encontraron a don Julio en su pequeña oficina, una habitación desordenada llena de herramientas, llaves y papeles amarillentos.

—¡Ah! ¿Qué hacen ustedes aquí a esta hora? —preguntó el conserje, levantando la vista de una vieja radio que estaba reparando.

Clara dio un paso adelante, intentando sonar tranquila.

—Señor Julio, necesitamos hablar con usted sobre el aula olvidada.

El rostro del hombre cambió inmediatamente. La calidez de su expresión desapareció, sustituida por una mezcla de alarma y desconfianza.

—¿Por qué preguntan sobre eso? —dijo, dejando la radio sobre la mesa y cruzándose de brazos.

—Estuvimos allí —dijo Sofía, antes de que alguien pudiera detenerla. —Encontramos... cosas. Un diario. Mensajes.

Don Julio se puso de pie, y por un momento pareció que iba a echarlos de su oficina. Sin embargo, tras un largo suspiro, se dejó caer nuevamente en su silla.

—Nunca debieron entrar a ese lugar —dijo, con un tono más sombrío.

—¿Por qué no? —preguntó Martín, inclinándose hacia él.

El conserje los miró fijamente, como si estuviera evaluando si debía confiar en ellos. Finalmente, comenzó a hablar.

—Ese aula tiene una historia que muchos prefieren olvidar. Hace décadas, cuando yo era joven, este colegio era muy diferente. Había más estudiantes, más maestros... y más secretos. El aula que ustedes encontraron era parte de un proyecto especial, algo que la directora de entonces quería mantener en privado.

—¿Qué tipo de proyecto? —preguntó Pablo, con los ojos muy abiertos.

Don Julio se pasó una mano por el rostro, como si estuviera recordando algo doloroso.

—Era una clase para los niños que no encajaban. Los que tenían problemas de aprendizaje, los que eran diferentes de alguna manera. Pero lo que empezó como una buena idea se torció muy pronto. La directora tenía... métodos poco ortodoxos. Creía que podía "corregir" a esos niños.

Los amigos intercambiaron miradas inquietas. La voz de don Julio se volvió más baja.

—Los niños comenzaron a desaparecer. Primero uno, luego otro. La explicación oficial era que las familias los habían retirado, pero nunca había avisos previos, nunca despedidas. Un día estaban aquí, y al siguiente ya no.

—¿Y nadie investigó? —preguntó Clara, incrédula.

—En esos tiempos, las cosas eran diferentes. La palabra de la directora era ley, y nadie se atrevía a cuestionarla. Pero yo sabía que algo andaba mal. Una noche, decidí quedarme para investigar. Lo que vi... nunca lo olvidaré.

El silencio que siguió fue tan denso que podían escuchar el tictac de un reloj en la pared. Finalmente, Pablo rompió el silencio.

—¿Qué fue lo que vio?

Don Julio se inclinó hacia adelante, bajando la voz hasta un susurro.

—Vi a la directora en el aula, rodeada de velas. Estaba... realizando algo. No sé si era un ritual o qué, pero había una energía oscura en esa habitación. Los niños estaban sentados, inmóviles, como si estuvieran en trance. Intenté entrar, pero algo me detuvo. Era como si una barrera invisible me impidiera acercarme.

Clara sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Qué pasó después?

—Al día siguiente, el aula estaba vacía. La directora dijo que el programa había sido cancelado y que los niños habían sido transferidos. Pero yo sabía que no era cierto. Desde entonces, esa habitación quedó cerrada. Nadie habló de ello otra vez.

Martín golpeó la mesa con el puño, incapaz de contener su frustración.

—¿Cómo pudieron dejar que algo así pasara? ¿Por qué nadie hizo nada?

—Porque teníamos miedo —admitió don Julio, con una tristeza profunda en su voz—.



El descubrimiento

Las palabras de don Julio dejaron a los amigos sumidos en un silencio cargado de tensión. Clara, Sofía, Martín y Pablo abandonaron la pequeña oficina del conserje con el corazón encogido y las mentes inundadas de preguntas. Habían esperado respuestas claras, tal vez un final al misterio que los había envuelto, pero lo que habían obtenido solo profundizó su desconcierto. Caminaban juntos por los oscuros pasillos del colegio, con las luces titilando sobre sus cabezas, sintiendo que cada sombra se extendía más de lo normal.

—Esto es mucho más grande de lo que pensé —dijo Martín, rompiendo el silencio mientras salían al frío aire nocturno del patio. La luna brillaba con intensidad, iluminando los antiguos ladrillos del edificio—. Si don Julio tiene razón, entonces... ¿en qué clase de lugar hemos estado estudiando?

—No creo que solo sea el lugar —replicó Sofía, ajustándose el abrigo para protegerse del viento helado—. Esto tiene que ver con lo que hacía esa directora, con esos niños... Hay algo oscuro aquí, algo que nunca se ha ido.

Clara se detuvo de repente, obligando a los demás a detenerse también. Sus ojos brillaban con determinación bajo la luz de la luna.

—Necesitamos volver al aula olvidada. Hay algo allí, algo que no vimos antes. Tal vez esa "barrera" que mencionó don Julio sea real, pero no podemos dejar que nos detenga. Si queremos respuestas, tenemos que enfrentarlo.

Pablo miró a Clara con preocupación.

—¿Y si esa cosa nos hace algo? Don Julio dijo que sentía una energía oscura. No sabemos con qué estamos lidiando.

—¿Y qué sugieres? ¿Que lo dejemos así? ¿Que sigamos fingiendo que no pasa nada? —replicó Clara con un tono desafiante—. No puedo hacer eso, Pablo. No después de lo que vimos.

Tras un breve intercambio de miradas entre el grupo, finalmente todos asintieron. La decisión estaba tomada. Esa misma noche regresarían al aula olvidada.

Entrar nuevamente al colegio después de horas no fue tan complicado como habían temido. El edificio, viejo y lleno de rincones oscuros, parecía un lugar completamente diferente bajo el amparo de la noche. Los pasos de los cuatro ecoaban en los pasillos vacíos, acompañados solo por el lejano crujir de madera y el zumbido del viento que se colaba por las ventanas mal cerradas.

El aula olvidada los esperaba al final del pasillo prohibido. La puerta, con su pintura descascarada y su letrero medio borrado, seguía siendo igual de intimidante que la primera vez que la vieron. Clara fue la primera en avanzar, con una linterna en mano, seguida por los demás.

Al cruzar el umbral, se encontraron con la misma escena desoladora: escritorios polvorientos, pizarrón agrietado, y esa atmósfera pesada que parecía absorber la energía del lugar. Pero esta vez, Clara sintió algo diferente. Había una tensión en el aire, como si el aula misma estuviera alerta a su presencia.

—Ahí está —dijo Martín, señalando la esquina donde habían encontrado el diario la noche anterior. Pero esta vez no fue hacia allí. En su lugar, Clara avanzó hacia el pizarrón.

Había algo en él, algo que no habían notado antes. La superficie estaba cubierta de capas de polvo y escritura antigua. Clara pasó su mano sobre el pizarrón, revelando palabras grabadas que parecían haber sido hechas con fuerza, casi arañadas en la superficie.

—“Ellos siguen aquí” —leyó Sofía en voz alta, susurrando las palabras como si al pronunciarlas pudiera desatar algo.

De repente, un fuerte golpe resonó en la habitación. Los cuatro se volvieron hacia la puerta, que ahora estaba cerrada. Martín corrió hacia ella, intentando abrirla, pero no se movía. Era como si una fuerza invisible la mantuviera bloqueada.

—Algo no quiere que estemos aquí —dijo Pablo, con el rostro pálido.

Clara, sin embargo, se negó a retroceder. Su atención estaba fija en el pizarrón. Había algo más, una figura que emergía lentamente de las sombras. Era apenas visible, como si estuviera atrapada entre este mundo y otro. Una mujer, vestida con ropas antiguas, con el rostro cubierto por una expresión de angustia infinita.

—¿Quién eres? —preguntó Clara, sintiendo un nudo en la garganta.

La figura no respondió con palabras, pero levantó una mano, señalando hacia el rincón donde habían encontrado el diario. Clara siguió la señal, avanzando a pesar de los murmullos de advertencia de sus amigos. Al llegar, notó que había algo más en ese rincón: una trampilla que había pasado desapercibida antes.

Con esfuerzo, lograron abrirla. Una escalera de madera llevaba a un espacio oscuro debajo del aula. Sin dudar, Clara comenzó a descender, seguida de los demás.

Lo que encontraron abajo los dejó sin palabras. Era una habitación pequeña, apenas iluminada por las linternas, con paredes cubiertas de inscripciones y dibujos extraños. Había velas gastadas por todos lados, y en el centro, un viejo cofre de madera. La energía en el lugar era palpable, casi sofocante.

—Esto es... ¿un altar? —preguntó Sofía, incapaz de apartar la vista de los símbolos en las paredes.

Clara se arrodilló frente al cofre y lo abrió con cuidado. Dentro había objetos que parecían pertenecer a los niños: juguetes, cuadernos, pequeños recuerdos. Pero también había algo más: un libro negro, encuadernado en cuero, que irradiaba una sensación de malestar.

—Este es el origen de todo —dijo Clara, levantando el libro.

La habitación pareció reaccionar a sus palabras. Las paredes temblaron, y un viento helado comenzó a circular a su alrededor. La figura de la mujer apareció nuevamente, esta vez mucho más clara. Sus labios se movieron, pero no emitió sonido alguno. Sin embargo, Clara entendió lo que intentaba decir: "Deténgalo".



El enfrentamiento

La noche que habían planeado para analizar el libro fue diferente de cualquier cosa que habían experimentado antes. El grupo se reunió en casa de Clara, quien había insistido en que era el lugar más seguro. Su abuela, una mujer mayor que había vivido toda su vida en el barrio, había encendido velas en cada rincón de la casa, recitando oraciones en voz baja mientras el grupo se acomodaba en la sala. La casa tenía un aire cálido y acogedor, pero el libro negro sobre la mesa de centro parecía absorber toda esa energía positiva.

—Esto es... peor de lo que pensaba —dijo Sofía, pasando sus dedos por la portada del libro. Estaba fría al tacto, como si estuviera hecha de algo que no pertenecía a este mundo.

—No hay vuelta atrás ahora —afirmó Clara, decidida. Se inclinó sobre el libro y comenzó a abrirlo con cuidado.

El libro estaba escrito en un lenguaje extraño, con caracteres que parecían moverse ligeramente bajo la luz de las velas. A pesar de esto, al leer las páginas, Clara sintió que podía comprenderlo, como si alguien estuviera susurrando la traducción directamente en su mente. Sus amigos se agruparon alrededor de ella mientras leía en voz alta fragmentos que hablaban de rituales, sacrificios y una energía conocida como “La Sombra”, que había sido sellada bajo el colegio.

—Esto explica todo —dijo Martín, frotándose la frente con frustración—. Esa directora estaba usando a los niños para mantener esa cosa atrapada. Pero si la barrera está rota, ¿qué se supone que hagamos?

—Aquí dice que hay una manera de reforzarla —replicó Clara, pasando rápidamente las páginas—. Un ritual... pero necesitamos objetos específicos y, por supuesto, hacerlo en el lugar exacto.

Sofía se inclinó para ver más de cerca.

—¿Dónde está el lugar exacto? ¿Es el aula olvidada?

Clara negó con la cabeza.

—Es más profundo que eso. Hay un segundo nivel, más abajo. El libro menciona un acceso oculto en los cimientos del colegio.

Un silencio cargado cayó sobre el grupo. Pablo fue el primero en hablar.

—Entonces tenemos que volver.

La preparación para regresar al colegio fue tensa. Clara insistió en llevar consigo algunas de las velas de su abuela y un frasco de sal, siguiendo las recomendaciones del libro. Sofía, por otro lado, había encontrado una vieja medalla religiosa que decidió llevar, aunque no era particularmente creyente.

Cuando llegaron al colegio, la atmósfera era diferente. El aire estaba más pesado, y una extraña niebla había comenzado a formarse alrededor del edificio. Entraron por una ventana que habían dejado entreabierta previamente y se dirigieron directamente al aula olvidada.

El aula parecía igual que antes, pero Clara notó un cambio. En la esquina donde habían encontrado la trampa, el suelo parecía brillar ligeramente, como si estuviera marcando el camino. Sin dudar, empujaron la trampa y descendieron nuevamente al espacio oscuro.

En el subsuelo, Clara guió al grupo según las instrucciones del libro. Cada paso que daban los llevó más lejos de la luz y más cerca de una oscuridad que parecía viva. Finalmente llegaron a una puerta sellada, con inscripciones similares a las del libro.

—Aquí es —dijo Clara, apenas susurrando.

Martín empujó la puerta con todas sus fuerzas, y esta se abrió con un crujido ensordecedor. Dentro había una habitación circular, con paredes cubiertas de símbolos y un altar en el centro. Clara colocó el libro sobre el altar y comenzó a leer las instrucciones del ritual.

—Necesitamos encender las velas en este orden —dijo, señalando los puntos marcados en el suelo—. Y después, todos debemos repetir estas palabras.

El grupo siguió las instrucciones al pie de la letra. Cuando comenzaron a recitar las palabras, una vibración llenó el aire, seguida por un sonido gutural que parecía provenir de todas partes y de ninguna a la vez. La habitación comenzó a temblar, y la oscuridad en las esquinas pareció tomar forma.

De repente, una figura emergió de la sombra. Era alta, con ojos como brasas ardientes y una presencia que llenó el lugar de terror.

—¡No pueden detenerme! —rugía la figura con una voz que resonaba en las mentes de los amigos.

Clara, con el corazón latiendo con fuerza, continuó recitando las palabras del ritual. Sofía y Martín se unieron a ella, mientras Pablo intentaba contener las sombras que parecían avanzar hacia ellos.

La figura oscura se abalanzó hacia Clara, pero en el último momento, la medalla de Sofía brilló intensamente, obligando a la entidad a retroceder con un grito de furia. Esto les dio el tiempo suficiente para completar el ritual.

Cuando las últimas palabras fueron pronunciadas, una luz cegadora llenó la habitación. La figura oscura gritó una vez más antes de desaparecer, y la energía en el lugar cambió. Ahora se sentía tranquila, casi sagrada.

El grupo se quedó en silencio por un largo rato, intentando procesar lo que había sucedido. Finalmente, Clara cerró el libro y lo colocó nuevamente en el altar.

—Hemos hecho lo correcto —dijo, con la voz llena de emoción.

Cuando salieron del colegio, la niebla había desaparecido, y la noche parecía más clara que nunca. Sabían que habían enfrentado algo más grande de lo que habían imaginado, pero también sabían que juntos eran capaces de superar cualquier cosa.



La restauración

La luz del amanecer se filtraba por las ventanas de la casa de Clara, bañando la sala en tonos cálidos. Los amigos estaban reunidos alrededor de la mesa de centro, el libro negro descansaba cerrado frente a ellos. Habían pasado la noche en vela, asimilando los eventos de la noche anterior. Ninguno quería pronunciar la pregunta que colgaba en el aire: ¿habían hecho suficiente para detener aquello que habitaba en el colegio?

Clara se frotó los ojos cansados y rompió el silencio.

—No podemos simplemente ignorar lo que pasó. Aunque hayamos completado el ritual, siento que esto no ha terminado del todo.

—Yo también lo siento —admitió Sofía, mirando fijamente el libro—. Pero, ¿qué más podemos hacer? Ese lugar... parecía que luchaba contra nosotros hasta el final.

Pablo, quien había estado en silencio todo el tiempo, habló con voz firme.

—Tal vez el ritual selló algo, pero no destruyó lo que había ahí. Don Julio lo dijo: esa energía lleva décadas acumulándose. Si realmente queremos asegurarnos de que nunca vuelva, tenemos que acabar con su fuente.

—¿Y eso significa...? —preguntó Martín, aunque ya sabía la respuesta.

Clara asintió lentamente.

—Significa que tenemos que regresar.

Horas después, se encontraban nuevamente frente al colegio San Alberto Magno. Esta vez no había niebla ni ruidos extraños, pero la tensión seguía siendo palpable. Armados con lo que habían aprendido del libro y con una determinación renovada, se dirigieron al aula olvidada por última vez.

El subsuelo los recibió con el mismo aire pesado y opresivo de antes. Las inscripciones en las paredes parecían más claras, como si la energía que las rodeaba hubiera despertado tras el ritual inicial. Clara lideraba al grupo, sosteniendo una linterna en una mano y el libro negro en la otra.

Cuando llegaron a la habitación circular, el altar estaba intacto, pero algo había cambiado. En el centro, donde antes había un libro de apariencia ordinaria, ahora yacía un objeto extraño: una esfera negra que pulsaba suavemente con una luz interna.

—Ahí está —dijo Sofía, dando un paso atrás instintivamente—. Esa es la fuente.

La esfera parecía viva, y con cada pulsación emitía un leve zumbido que resonaba en el pecho de los amigos. Clara avanzó lentamente, dejando el libro en el altar y extendiendo una mano hacia la esfera.

—Espera, Clara —advirtió Martín—. No sabemos qué podría hacer.

—Lo sé, pero también sé que no podemos dejarla aquí —respondió Clara sin volverse.

Al tocar la superficie de la esfera, una oleada de imágenes inundó su mente. Vio fragmentos de la historia del colegio, desde su construcción hasta los experimentos de la directora y los sufrimientos de los niños. Vio también la lucha de aquellos que habían intentado detener a “La Sombra” antes, y cómo habían fallado. Pero entre todas esas visiones, también vio un camino: una forma de destruir la energía para siempre.

Clara retiró la mano con un jadeo y miró a sus amigos.

—Tenemos que hacer un último ritual. Pero no será como los otros. Esto... nos pedirá algo a cambio.

Pablo frunció el ceño.

—¿A cambio? ¿Qué tipo de "algo"?

—No lo sé con certeza, pero será un sacrificio —respondió Clara, con el rostro sombrío.

La preparación para el ritual fue diferente esta vez. Cada uno de los amigos tenía un papel específico, siguiendo las instrucciones que Clara había recibido a través de las visiones. Encendieron las velas en un patrón complejo, trazaron símbolos en el suelo con sal y recitaron las palabras exactas escritas en el libro. Mientras lo hacían, la esfera comenzó a emitir una luz más intensa, llenando la habitación con una energía vibrante y peligrosa.

Cuando llegaron al último paso, Clara se posicionó frente a la esfera y habló con voz temblorosa pero firme.

—“Acepto el precio. Que esta oscuridad sea purificada para siempre.”

En ese instante, una ráfaga de luz cegadora llenó la habitación. Clara sintió que su cuerpo se estremecía, como si cada fibra de su ser estuviera siendo examinada por una fuerza superior. Luego, todo se volvió oscuridad.

Cuando abrió los ojos, estaba de pie en un espacio vacío, completamente blanco. Frente a ella había una figura indistinta, formada por luces y sombras que fluctuaban constantemente.

—Has demostrado valor y sacrificio —dijo la figura con una voz que resonaba en su mente—. ¿Estás dispuesta a dar todo por aquellos que amas y por los inocentes que vendrán?

Clara asintió, sin dudar.

—Entonces toma esto, y úsalo sabiamente.

La figura desapareció, y Clara despertó en la habitación circular. La esfera había desaparecido, y el aire ya no estaba cargado de tensión. Sus amigos la miraban con preocupación, pero también con alivio al ver que estaba bien.

—¿Lo logramos? —preguntó Martín.

Clara asintió, sonriendo débilmente.

—Sí, lo logramos.

Esa misma noche, los amigos se reunieron en el parque frente al colegio. Miraron el edificio antiguo, que ahora parecía más tranquilo, casi acogedor. Sabían que sus vidas habían cambiado para siempre, pero también sabían que habían hecho algo importante, algo que pocos podrían comprender.

Clara, con el libro negro en sus manos, miró a los demás.

—Esto no nos pertenece. Deberíamos destruirlo.

Sofía asintió.

—Es lo correcto.

En un acto simbólico, arrojaron el libro al fuego de una hoguera improvisada. Mientras las llamas consumían las páginas, sintieron que un peso invisible se levantaba de sus hombros.

El colegio San Alberto Magno seguiría siendo un lugar lleno de historias, pero gracias a ellos, también sería un lugar seguro nuevamente. Los amigos, unidos por la experiencia, sabían que nunca olvidarían lo que habían vivido, ni el lazo inquebrantable que ahora compartían.

Y así, bajo el cielo estrellado, prometieron cuidarse mutuamente y enfrentar cualquier cosa que el futuro les deparara, siempre juntos.